

EL CIELO Y LA TIERRA

De las playas cristalinas y llenas de corales a la cumbre del volcán Kilimanjaro. Relax, safaris y aventura en Tanzania.

TEXTO: CAROLINA ROSSI | FOTOS: ELENA ZANUCCOLI (APERTURA) Y CAROLINA ROSSI



EN octubre del año pasado viajé a Tanzania a subir el Kilimanjaro; un volcán de casi seis mil metros en el límite con Kenia. No tenía grandes expectativas más allá del ascenso, y terminé encontrándome con el país más lindo y diverso que conocí hasta hoy.

Pocos entienden cómo, en vez de descansar, uno puede dedicar sus vacaciones a un deporte extremo, pero a mí particularmente la belleza de la altura, el silencio, el riesgo y el agotamiento me hacen sentir más viva. Con el tiempo entendí que en el montañismo el sacrificio es parte de la recompensa, y así disfruto del cansancio, el frío y la incomodidad. Ser escalador es ser también un poco masoquista. Pero es hermoso.

Viajé con mi hermana y tres amigos, todos integrantes del grupo de corredores en el que doy clases. Los cinco habíamos entrenado mucho para llegar bien al desafío y sabíamos que el ascenso sería duro.

Yo había estado en el Aconcagua en febrero y eso me hizo subestimar un poco al Kilimanjaro; pensaba que con sus mil metros menos (mide exactamente 5.895 metros, contra 6.959) y condiciones climáticas menos adversas no me significaría un gran esfuerzo. Me equivoqué.



Momento glorioso para cualquier turista en Tanzania. Las jirafas, uno de los animales que todos quieren ver en un safari.

“Los tanzanos son alegres, serviciales y extremadamente tranquilos, por lo que hay que tener mucha paciencia al pedir o preguntar cualquier cosa”.



IZQUIERDA: Gente con ropas típicas en las callecitas de la zona. PÁG. OPUESTA: El árbol baobab, todo un símbolo; en la playa se relajan tanto la gente como los animales.

La expedición iba a durar una semana, pero quisimos aprovechar el viaje y quedarnos diez días más visitando otros puntos. El primero fue Zanzíbar, una isla de la costa este africana a menos de treinta minutos de avión de Dar es Salaam; la capital comercial de Tanzania.

Antes de viajar leí maravillas sobre sus playas, pero nunca llegué a imaginar algo tan espectacular. Creo que los colores del agua y de la arena superan a los de cualquier playa del Caribe, y a eso se suma todo el exotismo que aporta la cultura musulmana.

Los tanzanos son alegres, serviciales y extremadamente tranquilos, por lo que hay que tener mucha paciencia al pedir o preguntar cualquier cosa. Se brindan enteros, y nunca presentan mala voluntad hacia los occidentales. La población es casi 100 % negra (“Zanzíbar” deriva del persa “Zangi-bar”, que significa Costa de los Negros) y habiendo sido el centro de tráfico de esclavos del este, uno podría entender cierto resentimiento; sin embargo, yo al menos no lo noté nunca. Más del 95 % profesa el Islam, y todos mantienen un comportamiento cálido y familiar, especialmente hacia los turistas.

Varias veces tuvimos la oportunidad de encontrarnos con asentamientos masai. Cuesta creer que todavía existen tribus que cazan para comer y viven en chozas hechas de barro y paja. La gente vive con muy poco, pero tranquila. Parecería que aprendieron hace rato a conformarse.

Visitá la parte norte de la isla -según dicen, la más linda- y alojate en uno de los complejos chiquitos y sin lujos ubicados sobre la playa, por veinticinco dólares por persona la noche. Podés tener más de lo que necesitás: al despertar, hacer treinta metros y desayunar frente a un mar celeste con frutas tropicales, descansar y nadar todo el día. A la noche, podés cenar en algún barcito de la playa, en los que ofrecen gran variedad de cervezas y delicias locales como pescado, mariscos y langosta. Te sentís en el paraíso.

La temperatura es perfecta; nunca más ►



“Hay dos excursiones obligadas: una es en lancha, recorriendo el mar en busca de delfines para zambullirse y nadar cerca de ellos”.



de treinta grados ni menos de veinte, y casi nada de lluvias.

En la isla hay dos excursiones obligadas; una es en lancha, recorriendo el mar en busca de delfines para zambullirse y nadar cerca de ellos; la otra es la visita al mercado de especias de la ciudad; un mundo de aromas y colores.

Se ofrecen decenas de excursiones, pero nosotros hicimos sólo esas dos; en los tres días restantes sólo queríamos aprovechar tanta paz y belleza tirados en la arena y nadando en ese mar tibio y transparente.

En esa parte de la isla no hay agencias turísticas; los agentes son locales que se te acercan en forma amigable y pueden brindarte desde una tarde en lancha, hasta remedios caseros contra los erizos. Es muy común clavarse cientos de espinas al meterse mar, por eso mejor hacerlo en ojetas. Pese a las advertencias sufrí el accidente y me costó bastante caminar todo un día hasta que probé la fórmula mágica: jugo de papaya y querosén.

Después de esos cuatro días en el paraíso teníamos que irnos a subir una montaña. Qué pocas ganas teníamos. ¿Cómo pasar de

nadar entre corales a dormir sobre piedra con cinco grados bajo cero? La historia debió ser al revés. Primero lo más duro, el sacrificio, y después la recompensa del relax.

Así y todo el momento llegó y tuvimos que dejar la isla. Tomamos un barco de vuelta a Dar es Salaam y de ahí un avión minúsculo hasta Kilimanjaro.

El día anterior al ascenso visitamos el cráter del Ngorongoro; uno de los mejores lugares de África para hacer safaris. En un mismo día podés encontrar a “Los cinco grandes”: leopardo, león, elefante, búfalo y rinoceronte. No se permite ingresar al parque en forma particular, por lo que, obligatoriamente, tenés que contratar una excursión en Arusha, la ciudad más cercana. La misma noche en que llegamos combinamos para salir a la mañana siguiente bien temprano.

Fue un día entero arriba de una Land Rover 4 x 4 con medio cuerpo afuera del techo como chicos, volviéndonos locos cada vez que se nos cruzaba un animal diferente. Vimos cebras, elefantes, hienas, búfalos, avestruces, hipopótamos y leones, entre otros tantos animales. En Tanzania las sorpresas parecen no terminar nunca. Y todavía nos quedaba la montaña.

La expedición al Kilimanjaro duró seis días; uno menos de lo previsto. Nuestro guía argentino, Heber Orona, eligió la ruta Machame, que además de ser considerada una de las más lindas permite una buena aclimatación: se gana altura subiendo durante el día y se baja para acampar y dormir a la noche.

Es obligatorio realizar la expedición con guía y logística local, por eso además de a Heber teníamos a Alex Tarimo de Tanzania, tres porteadores por persona, cocinero y ayudante. Eran veintiocho para asistirnos a ocho. Casi no llevábamos peso. Íbamos sólo con una mochilita con lo indispensable: agua, abrigo y cámara de fotos. Los porteadores llevaban todo lo demás. Era increíble verlos avanzar y trepar con más de veinte kilos sobre la cabeza, sin perder el equilibrio una sola vez. Cuando nosotros llegábamos exhaustos al campamento ellos ya habían

IZQUIERDA: Envidiable equilibrio para el transporte; campamento para ascender el Kilimanjaro. PÁG. OPUESTA: Safari en el cráter del Ngorongoro; excursiones de navegación y las tribus que se acercan a los turistas.



armado todas las carpas y preparado la comida. Genábamos muy temprano, y antes de las nueve nos íbamos a acostar. Pasábamos muchas horas dentro de la carpa y el cuerpo nos lo hacía notar a la mañana siguiente. Los desayunos eran tremendos: tostadas, salchichas, huevos revueltos, avena con leche, café y frutas. Durante el día hacía mucho calor y a la noche nos moríamos de frío, pasábamos de la remera sin mangas a la campera de pluma en cuestión de horas. Mi bolsa de dormir no era de las mejores y sufrí bastante hasta que me di cuenta de que tenía que dormir con campera, guantes, bufanda, gorro de lana, dos pares de medias, calzas y pantalones.

Caminábamos entre seis y doce horas por día y no hubo ninguno de descanso, pero el más duro fue sin dudas el del asalto a la cumbre. Salimos de Barafu; el último campamento (a 4.600 metros), a las cuatro de la mañana. Era de noche pero nuestras linternas frontales y la luna iluminaban muy bien. Hacía un frío atroz. Pasados veinticinco minutos de haber empezado a caminar todavía no había podido entrar en calor. Sentía los pies helados y tuve miedo. Movía sin parar los dedos dentro de las botas (procedimiento obligado para evitar que se congelen). Uno de mis compañeros me dio su campera y recién ahí empecé a sentirme mejor. A las dos horas salió el sol, y con la luz y algunos grados más todo se tornó mucho más ameno. Parábamos a cada rato para hidratarnos y hacer pis. Tomando más de cinco litros de líquido diarios no se puede pasar mucho tiempo sin ir al baño. Y el baño era en todos lados. Los últimos metros fueron fatales, cada paso era un esfuerzo muy grande. Creo que no caminábamos a más de dos kilómetros por hora. Teníamos náuseas, dolores de cabeza y nada de apetito pese a haber estado siete horas caminando casi sin comer nada. Pero nos reconfortaba pensar que cada vez faltaba menos.

El glaciar a un lado y el inmenso cráter al otro escoltan al angosto sendero del tramo final. Es una recta que parece no terminar nunca, hasta que ves la cumbre. Ves el famoso cartel y ves los banderines de colores que viste en miles de fotos, y ves gente festejando. Entonces puedes acelerar. Y seguís. Y llegás. Lo habíamos logrado.

En la cumbre lloré mucho. En la montaña, cuando me siento muy bien, lloro. Me abracé con mis amigos, filmé, saqué fotos y disfruté la hermosa vista y la paz que la altura te puede dar. Pensé en todas las montañas que había subido en mi vida y en lo distintas que eran todas. Cada una tiene su encanto y su belleza, y que como las personas; no hay dos iguales en todo el mundo. 

